CAPITULO VIII.

EN EL QUE SE DA Á CONOCER À LA JAMONA DE «SANGRE PURA.»

LA revolucion en sus cien mil engendros monstruosos, hace morir sus últimas oleadas en la familia.

En la familia está escrita esa fatídica palabra como el título genérico de muchos volúmenes, que son otras tantas historias de lágrimas.

La revolucion nos ha proporcionado, entre muchos, uno de estos tomos que hemos hojeado para dar á conocer al lector nuevos personajes, que en relacion y contacto con los ya conocidos hasta aquí, completan el nú-

mero de los que nos han de dar hasta el fin la materia de que trataremos en este volúmen.

Como la jamona es por ahora el objeto de nuestro estudio, comenzaremos por ella.

La jamona, segun hemos dicho ya, tiene perfiles que se escapan, y presenta cambiantes tornasoles como algunas reacciones químicas.

En ese piélago de dudas y contradicciones que constituye el corazon de la muger, hay, no obstante, fundamento para asegurar que determinadas causas producen casi con generalidad determinados efectos; y esta circunstancia nos anima á emprender la difícil tarea de señalar algunas, siquiera como aviso anticipado que pueda servir de farol para que no caigan en el precipicio algunas apreciables criaturas.

Vamos á hablar de la señora doña Encarnacion N*** persona conocida con otro nombre convencional que la costumbre se ha empeñado en que sea el mismo; quiere decir, á esta señora le llaman todos *Chona* ó *Chonita*.

Chona es rica, bastante rica; no ha sabido jamas lo que es miseria, ni se la ha podido figurar hasta el momento en que tuvo que ver con una sociedad filantrópica que se llama La Conferencia.

Tiene Chona en la actualidad sus cuarenta y tres calendarios, y tal circunstancia constituye el primero y el mas importante de sus secretos íntimos.

Chona es una muger bien cuidada: la visita Lucio como médico de cabecera hace veinte años; y es tan formal

la lucha que Chona ha emprendido desde entonces contra los estragos del tiempo, que se puede decir propiamente que no ha pasado dia por ella.

Chona disfruta, ademas de todas las cualidades de su posicion y su patrimonio, de las inmunidades propias á su condicion y nacimiento.

Chona en su calidad de muger de polendas ha sido una de las mas encarnizadas enemigas de la reforma, y sin transigir un solo momento con las ideas del progreso, se encastilla en sus preocupaciones y es implacable en sus odios, para los que encuentra siempre una sancion en su conciencia.

Nació oyendo hablar mal de todos nuestros gobiernos y de todas nuestras cosas: sus padres, descendientes por ambas líneas de los principales conquistadores, heredaron el odio de aquellos señores contra todas las cosas de México, que nunca vieron como su patria, sino como la colonia arrebatada á sus legítimos dueños por el desbordamiento de las ideas del 93; de manera que Chona, esclava de la tradicion y con apego á todo lo viejo, habia aprendido á conservar todos sus errores y á aborrecer á quienes no pensaran del mismo modo que ella.

Las ideas nuevas fueron siempre en la casa de Chona consideradas como una verdadera nota infamante.

El portero de la casa era un viejo español mutilado, del regimiento de la Reina, y se apellidaba Santos.

Las personas que visitaban la casa eran, casi sin excepcion, todos los ricos que aun conservaban los pergaminos

de sus ascendientes, y ademas las notabilidades eclesiásticas: si contraian algunas nuevas amistades, eran la de algun ministro extrangero ó de algun español que por razon de sus asuntos mercantiles, estuviera ligado con el escritorio de la casa.

La familia tenia casa en Tlalpam, en San Angel y en Tacubaya.

Chona no habia sido la hija única: tenia dos hermanos que muy niños habian sido enviados á educarse á Europa.

Chona, obligada á sentir y á vivir en cierto círculo, se habia habituado desde niña mas á aborrecer que á amar, porque incesantemente las conversaciones familiares rolaban, por lo general, sobre la antipatía profunda que inspiraban los hombres y las cosas de México.

A los catorce años supo Chona que la persona que le estaba destinada para marido, era uno de sus parientes educado en Europa, y que estaba próximo á llegar á México.

Chona no habia amado á nadie, si se exceptúa una corta temporada en la que uno de sus primos tomó la costumbre de visitarla con frecuencia; pero constantemente vigilada, no llegó nunca á oir de boca del primo una declaracion en forma.

Llegó por fin el pariente, su presunto esposo; y como venia rodeado de todo el brillo que un elegante de veintiocho años é hijo de una familia rica puede adquirir en Paris, á Chona no le fué antipático el novio, al grado de que, sin pensarlo siquiera, consintió en el enlace.

En aquel matrimonio se trabajó mas en el escritorio que en la iglesia, pues se trataba, sobre todo, de unir dos fortunas que juntas iban á formar en lo de adelante un capital de consideracion.

Chona vivió tranquila, pero sin goces: educada en el refinamiento y el lujo, habia acabado por habituarse á todas las comodidades que hacian su segunda naturaleza, sin apreciarlas en lo que valen y sin pensar que habia nada mas allá de aquella vida en que todo le salia tan bien y tan á medida de su deseo.

El marido de Chona habia dejado en Paris todo lo que á los veintiocho años le quedaba de sentimentalismo y de fé; y gastado hasta la indiferencia, habia aceptado su posicion de marido y padre de familia, como el segundo periodo indispensable de la vida, en el que entraba por hacer lo que hacen todos.

A la sazon en que conocemos á Chona ha entrado ya á la edad de la muger, tiene mas de treinta años, periodo de tiempo que á pesar de la notable hermosura de Chona, ha podido imprimir á su fisonomía no sabemos que gesto de desden aristocrático, que la hace de cierta manera interesante.

El marido de Chona tiene un amigo, un amigo íntimo y compañero suyo en su vida parisiense; juntos hicieron allí la campaña contra su propio corazon, contra su resistencia y contra su fé.

Este jóven se llamaba Salvador, era de Buenos Aires y pertenecia á una familia rica de comerciantes.

A Salvador lo habian mandado sus padres á Paris para que se educara, y Salvador sabia efectivamente á su llegada á México, todo lo que hacen los estudiantes: conocia prácticamente y con intimidad la vida del barrio latino, ciencia que le basta al hombre para no quedar en aptitud de necesitar aprender otra cosa.

El marido de Chona vivia en el escritorio, donde entre los grandes libros de caja se engolfaba horas enteras, porque ya en este corazon marchito no habia quedado mas que ese último jugo amargo que se llama avaricia.

En cambio, Chona se fastidiaba soberanamente entre sus colgaduras, entre los tapices y los primores de sus habitaciones, y buscaba un entretenimiento en las labores de mano, en esas curiosidades en las que la muger que las concluye no tiene siquiera el mérito de la invencion; bordaba con cuentas de vidrio sobre terciopelo una cartera; pero todos los trabajos preliminares eran obra del bordador á quien le pagaba porque restirara el lienzo y pusiera la *cartulina*, de manera que Chona reducia su afan á ensartar cuentas para cubrir la labor.

Chona no habia tenido hijos; circunstancia que habia obligado á los médicos de la casa á tener largas conferencias con el marido, quien á su vez confesó con ese motivo el forzoso desencanto á que estaba reducido, merced á sus prodigalidades parisienses.

Salvador, en su calidad de hombre acomodado, se habia acostumbrado á vivir con esa triste facilidad del que no lucha para conseguirlo.

La lucha del trabajo, esta lucha que para algunos es una sentencia y hasta una maldicion, encierra el tesoro de la esperanza, la perspectiva de un mas allá que nos alienta, explotando nuestras facultades y empeñándonos en sacar de nosotros mismos ese material de guerra, doloroso si se quiere, pero con el que compramos un pan blanco y una cama donde se duerme bien.

Salvador desde niño no habia aceptado un puesto en esa lucha perenne, no era obrero ni paladin de la esperanza, era simplemente consumidor, y el caudal de sus esfuerzos era nada mas el depósito de esa suma de facultades para el goce y para los placeres.

Salvador decia que habia nacido para gozar, y gozaba; pero si bien lo averiguamos, no soñaba con la felicidad como soñamos nosotros, nunca habia despertado con el deslumbramiento de una de esas dichas lejanas que se le acercan al pobre solo en mirajes y en fantasías.

Salvador no tenia necesidad de poner á contribucion sus deseos no realizados, sus esperanzas de mejoramiento, sus ensueños, sus imposibles, sus quimeras; todo esto era para él una música incomprensible porque todo lo tenia: era buen mozo, no carecia de talento y de gracia, y siendo muy rico, no necesitaba apurar su ingenio para procurarse comodidades.

Habia sentido la saciedad antes que el hambre, y su espíritu repleto no esperaba ya en la vida ninguna trasformacion, no se alentaba con ningun estímulo, estaba muerto en el término de su viaje moral; en una palabra, un fisió-

logo hubiera podido diagnosticar sin equivocarse esa terrible enfermedad moral que se llama *spleen;* no el abuso de esta palabra que no tiene embarazo hoy en aplicarse con risible prosopopeya hasta el miserable remendon, sino la legítima desolacion inglesa que llega á hacer suicidas á los millonarios.

Salvador, pues, pasaba al lado de Chona las largas horas que su amigo pasaba en el escritorio.

—¿Que tiene usted, Chona?

—Nada. ¿Y usted?

—¿Yo?..... nada.

—¿Nada de nada?

—Nada de todo.

—Lo compadezco á usted.

—¿Por qué?

—Está usted muerto.

—Me hago digno del mundo, digno de la época, digno de la sociedad en que vivimos.

—¡Blasfemo!

—Vea usted, Chona, le hablo á usted con el corazon.

—¿Qué corazon?

—Me hace usted unas preguntas.....

—Eso es porque le conozco.

—Creo que no.

—Mucho, Salvador.

—Deme usted una prueba.

—Esta.

—¿Cuál?

—Dejarlo á usted pasar junto á mí cuatro horas diarias.

—Llámeme usted de una vez inofensivo.

—No queria decir la palabra, me parecia dura.

—Eso requiere una explicacion.

—Estoy dispuesta á darla.

—Pero deje usted esas cuentas de vidrio, á las que tengo una aversion horrible.

—¿Por qué? ¡pobres cuentas! las dejo.

—¿Por qué me considera usted inofensivo, vamos á ver?

—¿Cuántos años tiene usted?

—¡Ah! la cosa es séria: treinta y dos.

—¡Me da usted lástima! dijo Chona despues de un momento de contemplar á Salvador.

Salvador sintió, como el enfermo, que la sonda habia llegado hasta el fondo de la herida y guardó silencio; pero un silencio terrible, porque Salvador sintió que algo muy amargo se habia revuelto en el fondo de su alma.

Despues de un largo rato dijo Salvador con una voz vacilante, y conmovido, contra su costumbre:

—Tiene usted mucho talento.

Otra vez se quedaron callados y sin verse.

—¿Y no tengo remedio? preguntó Salvador.

—¡Ah!..... exclamó Chona moviendo la cabeza con ese gesto del médico que no tiene esperanza.

—Cúreme usted.

—¿Yo?

—O usted ó nadie.

—¿Quién soy yo?

—Ahora me toca á mí. Usted es una muger desgraciada.

—Entonces un enfermo no puede curar á otro.

—Sí, porque uno de los enfermos es médico, y el otro es simplemente enfermo. Usted, Chona, tiene todavía lo que yo ya perdí para siempre; usted no ha malgastado su caudal.

—Es lo mismo, porque mi caudal consiste en bienes de manos muertas.

—Yo seré la ley de 25 de Junio.

—Gracias.

—Yo sé una cosa: que usted nunca ha amado.

—¿Cómo lo sabe usted?

—No sé como; pero conozco las flores que no se han abierto.

—¡Soy casada!

—No me haga usted reir.

—Le recuerdo lo que pretende usted olvidar.

—Al contrario; hablemos de usted como muger casada; ¿no tiene usted inconveniente en ello?

—No; ¿por qué?

—Usted se casó sin amor.

—Cierto.

—Y no habia amado antes.

—Cierto.

—Usted no ama todavía.

—Eso..... eso no es cierto.

—¡Chona, cuidado con mentiritas!

—Entendámonos; amo á mi marido.

—Lo creo, ¡pero si viera usted cuantos peros hay que poner despues de esa frase!

—¿Muchos?

—Sí, muchos.

—Me voy haciendo curiosa: empiece usted.

Salvador sacó su reloj.

—Son las once y media.

Chona se acercó á una mesita china que servia para soportar una magnífica licorera, que consistia en una caja de madera preciosa con incrustaciones; tocó un resorte y la caja se trasformó.

—Me entristece usted, Chona.

—¿Por qué?

—Si le digo á usted lo que pienso ¿no se burlará usted de mí?

—¡Burlarme! ¡Salvador!.....

—Pues bien, óigame usted: este detalle es una galantería por parte de usted, que aislada tiene un atractivo encantador.

—Pero.....

—Pero me ha hecho una impresion distinta de la que debia producirme. No cabe duda en que me adivinó usted el pensamiento; mejor dicho, eso es lo que yo iba á pensar y usted pensó por mí; pero en seguida me ha sucedido una cosa muy rara.

—¿Qué?

—No creo en esos amores nones, Chona; sin reciprocidad no hay amor.

—Esa es una bonita teoría.

—Me gusta la provocacion y entro en materia: Chona, usted no ha amado nunca ni ama todavia, pero amará.

—¡Cuidado, señor profeta parisiense!

—Usted se casó.....por casarse; pero al cambiar de estado no aceptó usted mas que la apariencia sin modificacion moral: su corazon de usted no ha tenido ni primavera ni estio: ríndase usted á la evidencia.

—¿Y eso tambien lo aprendió usted en Paris?

—Sí, Chona, en ese libro maldito cuyo índice se parece tanto á la agonía del alma. Vamos, sea usted franca, ¿tengo razon?

—Sí, Salvador.

—Acaba usted de pronunciar mi nombre.....

—*Salvador*..... repitió Chona reflexionando, y levantó los ojos para ver á Salvador y en seguida agregó:

—Debia usted llamarse *náufrago*.

—Y usted *tabla*.

—¿Es muy imponente el mar?

—No, Chona: yo lo he atravesado, y como no soy poeta he llegado sin novedad.

—¡Ni el mar! murmuró Chona. Enmiéndese usted.

—¿Luego tengo remedio? Enmendarme: he aquí un bello ideal que no me habia ocurrido y que usted me inspira; ¡enmendarme! quiere decir, corregirme, regularizarme: tácheme usted, Chona, bórreme si es preciso, pero ayúdeme usted á hacer esa enmendatura de mí mismo; yo me presto, prometo ser dócil; borrador como soy, me entrego á usted sin propiedad literaria, sin autor, con todos mis borrones, con todas mis entrerenglonaduras. Aquí estoy.

—Soy mal corrector de pruebas.

—¡Quién sabe! empiezo á presentir que realmente hay dos vidas, y usted, Chona, tiene la llave de la otra.

—Ya eso es mucho.

—No, no es mas que la llave.

—¿Por qué no lee usted?

—Siempre he creido que no hay mas libro que la muger.

—Por eso está usted enfermo del alma, la muger es un abismo.

—Que enseña.

—Pero no á los maestros.

—A todos. Yo he aprendido de usted hoy muchas cosas que ninguna muger me habia enseñado.

—Y sin embargo, no me tengo por una muger de mundo.

—Tiene usted un depósito que es un tesoro; figúrese usted una planta, que como usted, no ha tenido ni primavera ni estío; es una planta vírgen que encierra todos los gérmenes de la flor que no ha nacido: esa es usted, y los gérmenes de esa flor son mi medicina.

—¿Ha estudiado usted botánica?

—No, pero como soy jardinero de pacotilla es la primera vez que me encuentro una planta como usted.

—En fin, paso por ser una planta, pero no por eso usted pasará de ser un enfermo incurable.

—¿Ha estudiado usted medicina?

—No, pero he visto enfermos y conozco los que son incurables.

—¿Y yo.....

—Usted no tiene remedio.

Cárlos se presentó en este momento.

Por la primera vez, Salvador se sintió contrariado en presencia de Cárlos.

Cárlos atravesó la sala para entrar á la pieza inmediata, fijó la atencion en el estrado y dijo con profunda indiferencia:

—Hola.....

—Adios, Cárlos, dijo Salvador.

Y Cárlos desapareció. Traia unas libranzas en la mano.

Apareció á poco rato y dijo á Salvador:

—¿Ya sabes que nos esperan en Tacubaya?

—¿Mañana?

—No, esta tarde.

—¿Hoy es martes?

—Sí.

—Yo no voy.

—¡Hombre!

—Vayan ustedes.

—¿Tienes que hacer?

—Mucho.

—Iremos todos, agregó Chona, te esperaremos.

—No; vayan ustedes: no voy.

Y Cárlos salió de la sala.

—Este Cárlos se hace mas ingles cada dia, dijo Salvador, y acaso será el primer momento en que se ven marido y muger en todo el dia.

—Justamente.

—Lo dicho, ¡pobre de usted!

—Tenga usted presente que yo no me he lamentado.

—No, porque hay enfermos que saben sufrir. Curémonos, Chona, es necesario no esperar la muerte en nuestra calidad de enfermos habituales; sanemos para morir despues.

Efectivamente, Salvador hablaba con sinceridad, deseaba curarse, y solo este síntoma era una regeneracion.

En Chona se estaba operando tambien una trasformacion.

Cuando en la historia de su vida moral no leia mas que esta palabra: «*indiferencia*» se entristecia de su pasado, pero porque presentia una regeneracion.

Chona debia presentir un abismo ante cualquiera idea de regeneracion moral, pero no pensaba en el crímen: llevar hasta allá sus ideas hubiera sido el colmo de la malicia.

A esa puerta nunca toca el amor sino despues de muchas curvas.

Cuando Chona estuvo la noche de ese dia sola en su dormitorio, contó con todos los ángeles de la fantasía, menos con el del sueño: fué el primero que huyó.

Ese ángel es el que precede en su huida al de la inocencia y al del pudor.

Chona tenia una magnífica fotografía de Salvador, hecha en Paris.

Le ocurrió ver esa fotografía.

—¡Quien lo habia de creer! cualquiera muger que vea este retrato, cree que este es un hombre lleno de fé, de amor, de entusiasmo, de poesía y..... y no hay nada, ya es un cadáver.

¡Hubiera yo visto á Salvador en Paris, lo hubiera yo podido seguir á todas partes para espiar sus acciones!

¡Cuantas cosas habrá pasado! ¡que feliz habrá sido! ¡cuantas mugeres lo habrán amado! y cuando el sueño se haya apoderado de él, cuan fatigado ha de haberse sentido y qué sopor se habrá apoderado de su cuerpo.....!

La saciedad.

He aquí lo que no comprendo: ¡saciarse! ¿de qué? porque saciarse, cansará el amor, el amor tendrá fin.

¿Si Salvador será nada mas un cómico?

De todos modos, le queda algo mas que á mi marido. ¡Cuanto me ha hecho llorar Cárlos!..... pero todavía no lo sabe, él cree que jamas he derramado una lágrima..... ya se ve, para mi marido no hay lágrimas ni placeres, una letra de cambio no tiene ni sonrisas ni lagrimales.

En fin, este Salvador me entretiene maravillosamente.

¡Que abismos, que oscuridades se encierran en cada corazon!

Yo no sé que atraccion irresistible me induce á averiguar la vida íntima de Salvador; nunca he podido comprender ese Paris que me pintan como una vorágine, donde se pierden capitales como se pierden creencias é ilusiones y todo.

Y Chona se quedó viendo de nuevo la fotografía de Salvador.

A trueque de exponernos á la crítica, no podemos prescindir de narrar aquí una situacion idéntica, supuesto que real y positivamente pasaba tal como la vamos á describir.

Salvador estaba á la sazon en su cuarto viendo la fotografía de Chona.

—No tiene esta muger nada de *chic parisien*, pero decididamente hay un tesoro en su corazon.

Cuando se acostumbra uno á ver flores artificiales y á aspirar aromas de Pivert ó de Ninon de Lenclos, se encuentra uno con un jazmin, con un verdadero jazmin y goza con su aroma.

A mí me ha sucedido estar embardunado con magnífica pomada imperial de heliotropo, teniendo á mis órdenes ademas un frasquito de extracto de á 25 francos, que valia por todo un jardin; y sin embargo, corté una sola flor de heliotropo para aspirar su esencia, la misma esencia de que estaba yo literalmente impregnado.

Me acuerdo que Cárlos me llamó estúpido, se rió de mí á reventar y no lo pude persuadir de que, impregnado como estaba de ese aroma, aun percibia el de la flor.

Chona es el heliotropo, Paris el pomo de 25 francos.

¡Que falta me hace un novelista! Si estuviera yo en Paris, le preguntaria á Mr. Alejandro Dumas (hijo), si es posible la regeneracion moral por el amor; él que ha escrito eso, debe comprenderlo y debe saber si la moral de su Traviata, es aplicable al sexo fuerte, despues de haber vivido diez años en Paris.

En fin, veremos. Yo noto en Chona..... y á todo esto, este nombre no es eufónico, pero Encarnacion es peor; no, no es peor; yo he oido decir: la encarnacion de un ángel, de un sueño, de un deseo.

¡Si me volveré poeta á la vejez, si iremos saliendo con que no lo he perdido todo y ando todavia en pañales en estas materias á pesar de Paris!

¡Ah! agregó Salvador suspirando profundamente: ¡es imposible!

¡Despues de las locuras!..... ¡de aquellas encantadoras locuras de mi baronesa!..... ¡oh, que baronesa, todo fué para ella..... todo!..... En el cementerio del P. Lachaise están mis treinta años convertidos en mármol y en arbolitos. ¡Chona! agregó con enfado, ¡Chona!..... no basta..... no alcanza..... no puede.....no sabe.....¡pobre Chona!

Salvador habia pedido té á su criado, y en este momento se lo servia.

Salvador hizo una seña á su criado, y este sin vacilar un instante puso la licorera sobre la mesa.

—Sírveme *Kirsch*.

El criado obedeció.

Salvador estaba acostumbrado á no cuidarse de sus criados, y en materia de amores el criado solia estar al tanto de muchas poridades.

Sobre el buró habia un zapato de muger, un zapato parisiense de raso color de rosa pálido; aquel zapato perteneció á la baronesa, lo sabia el criado y sabia tambien que dentro de aquel zapato habia de poner la cerillera.

El criado podia tambien hojear en ausencia de Salvador el álbum secreto de su amo.

Era un álbum en folio, tenia sobre la pasta un bajo relieve representando el Amor con todos sus atributos.

Aquel álbum era horriblemente curioso.

Todo lo sabia el criado de Salvador; pero este, por primera vez en su vida, se ocultó de su criado para contemplar la fotografia de Chona; hizo mas, la guardó mientras su criado le servia.

Estaban, pues, ya frente á frente dos corazones que latian bajo muy diversas impresiones.

El de Chona era un tesoro vírgen.

El de Salvador, una caja vacia.